

ECA

Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XXI

Centro América, Julio de 1966.

Número 217

Orientación.

EL DESPERTAR DE LOS LAICOS

Sebastián Mantilla, S. J.

A nadie se le oculta la importancia que el Concilio Vaticano II atribuye a la masa, al pueblo de Dios, en el cual encuentra el elemento esencial y a su manera más influyente en la realización en el mundo del plan divino de la incorporación a la gracia de Cristo de todo el género humano.

El Concilio ha dicho:

"Por el nombre de laicos se entiende aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en estado religioso reconocido por la Iglesia, es decir, los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo constituidos en pueblo de Dios, y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen por su parte, la misión del pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo".¹

A estos laicos pertenece por peculiar vocación ayudar a la labor espiritual de la Iglesia en aquellos terrenos en los que ellos se desenvuelven y viven, es a saber en la esfera de los asuntos temporales, santificarse en este apos-

to. Evidentemente que el vocablo "laico" puede ser objeto de una interpretación equivocada. No se trata aquí de señalar con él a los partidarios del "laicismo" en la vida pública, o sea de los que se han empeñado inútilmente en recluir a la Iglesia y a su pueblo fiel al ámbito de los templos. Laico equivale aquí a seglar o sea a cristiano que no ha recibido órdenes sacerdotales, como las reciben los clérigos.

tolado, mostrando a Cristo a sus hermanos con el testimonio de sus vidas.

"Los laicos están llamados, particularmente, a hacer presente y operante a la Iglesia, en los lugares y condiciones donde ella no puede ser la sal de la tierra sino a través de ellos".

Y ya, puesta en marcha la etapa postconciliar, hora es de que nuestras autoridades eclesiásticas vayan abriendo más y más horizontes a la actividad de nuestros seglares cristianos, estimulando y alentando su labor donde ya exista y provocándola y despertándola donde aún se muestre somnolienta.

Por otra parte no es de extrañar que nuestras minorías de católicos militantes, de las que pueden salir estos colaboradores laicales, sean "eso" unas minorías muy mínimas, como corresponden a países donde la porción de los clérigos ha sido también muy exigua durante tanto tiempo y por motivos que no son del caso enumerar aquí. El aumento de los laicos instruidos y el de los clérigos activos e influyentes en el desarrollo de nuestras iglesias locales corren parejas y difícilmente se pueden dar aquellos sin estos.

Esta es acaso la razón por la que nuestra Iglesia latinoamericana no se ha acompañado al ritmo socio-económico y aun cultural de la inmensa mayoría de nuestros países y se ha limitado a aparecer como testigo asombrado las más de las veces del paso apresurado del desarrollo.

Esta crisis de presencia de la Iglesia en la vida latinoamericana, se atribuye por algunos a la ausencia de nuestros laicos cristianos en la gestación de nuestro mundo. Pero aún estamos

a tiempo para corregir esta falta, sobre todo si tenemos en cuenta que este "subdesarrollo" no es mayor en el campo eclesial que en otros campos. Todo avanza parejo, y los mil caminos que el Concilio ha abierto a los laicos se han comenzado a recorrer ya por éstos.

Recordemos el esperanzador desarrollo de los movimientos seglares llamados Cursillos y Jornadas de Vida Cristiana; no olvidemos las organizaciones de defensa de la moral cristiana, de la familia cristiana, el desarrollo de los principios de la sociología cristiana entre nuevos grupos de seglares.

Es posible, con todo, que hasta ahora un excesivo clericalismo ha afianzado la opinión latinoamericana de que la Iglesia son los sacerdotes y los Obispos. El clero ha desconfiado de los laicos, aun en materias temporales, que son incumbencia propia de ellos, y explica la frase de un distinguido político suramericano: "Sólo pedimos a la Iglesia que tenga confianza en nosotros".

Aun en movimientos laicales de apostolado, el sacerdote difícilmente se resigna a su papel de asesor, o director espiritual. Y con frecuencia se convierte en un militante o dirigente, reemplazando y desalentando a los laicos de cuya capacidad tiene una idea tan pobre.

Hay un fenómeno abusivamente frecuente en nuestra Iglesia: abundan los sacerdotes "laicados" (que sustituyen a los laicos) y los laicos "clericalizados" (que sustituyen a los sacerdotes).

No es raro que en movimientos laicales de apostolado el sacerdote mande y organice y el laico rece y exhorté.

Movimientos que deberían, por su finalidad, trabajar en una cristianización y humanización de las estructuras, especialmente las básicas, de la sociedad, se recluyen en "ghettos", en amables refugios de clase o de gente "bien".

Abundan también los laicos "sacramentalizados", practicantes, aun piadosos, pero no "mentalizados", que aún no han aprendido a encarnar a la Iglesia en el mundo. Mentalidades liberales, o socialistas, o meramente egoistas.

El laico debe caer en la cuenta de que será más y mejor cristiano en cuanto mejor haga presente a la Iglesia con naturalidad en la vida profesional, cultural, pública y familiar. El hombre y la mujer cumplirán mejor su función en la Iglesia en cuanto mejor cumplan su función de hombre y mujer en la sociedad.

La dicotomía "hombre-cristiano" ha hecho y sigue haciendo mucho daño a nuestra Iglesia.

Muchos de nuestros laicos han estado también ausentes del mundo, de las estructuras humanas, por una concepción maniquea de ellas: la política, la economía, el mundo complejo de la diversión, son obras del maligno. Y ellos no se pueden manchar las manos.

Mal papel hemos hecho demasiadas veces los sacerdotes en América Latina queriendo arrebatar a los laicos su misión eclesial.

Y peor papel han hecho los laicos desertando de su puesto y acogiéndose a la sombra protectora clerical.

Cada uno en su puesto. El sacerdote, alejando al laico, y éste, siendo la Iglesia presente en el mundo. Sólo por ellos la Iglesia podrá cumplir su misión en el mundo y éste creerá en el Señor y será salvado por El.

UN PRODUCTO



MODERNO